Responsabilidad, Convivencia y Tacto

(**Reflexiones Sobre la Enseñanza**, Djalal Forghani, p. 1)

Sabemos que ya hemos iniciado una nueva fase de nuestro plan de Enseñanza con el fin de atraer un número mayor de compatriotas a la Causa de Bahá'u'lláh. Pero sería bueno que reflexionáramos sobre nuestra forma de trabajar antes de emprender esta tarea. No cabe duda que el servicio a la Causa debe realizarse impulsado por puro amor, pero esto no quiere decir que debamos actuar sin plan ni reflexión. Más bien quiere decir que una vez realizada esa reflexión profunda, y tomada la decisión correcta, debemos levantarnos de tal forma, y con tal fuerza, que ninguna dificultad, por muy grande que fuera, pueda cambiar ni nuestra voluntad ni nuestro propósito. Debemos pasar por doquier, libres y con absoluto desprendimiento de todo, menos de Él, anunciando a los corazones puros las fragancias divinas. Y si nos encontramos en este paso con obstáculos, considerarlos como si no existieron, dejándolos atrás, como la brisa primaveral, y continuar el camino hacia nuestro propósito: hacer llegar al oído de los equitativos, con total humildad, la Manifestación de esta nueva Causa. ¡Qué felices aquellos amigos que decidan desplazarse para conquistar nuevas poblaciones, sacrificándose a sí mismos para dar vida nueva a nuevas gentes!

La labor de los pioneros y amigos que sienten en su espíritu un anhelo profundo de atraer a las almas a la Causa de Dios consiste, una vez obtenida la oportunidad de contactar con ellas, en quitar de en medio todo aquel obstáculo que puede impedir la atracción natural existente entre toda Manifestación y la gente de Su época. Normalmente estos obstáculos son los siguientes: la simple ignorancia de la llegada del Prometido; la indiferencia o algún prejuicio escondido en el corazón que impide el acercamiento; y quizá cierto orgullo que prive al buscador de reconocer alguna autoridad sobre él.

Aparentemente parece fácil atraer a las personas cuando se trata de corazones puros: una explicación sincera con un comportamiento correcto serían suficientes para acercarles a la Causa. Pero en la práctica, necesitan algún tiempo más para comprobar por su propia cuenta el contenido de la Fe y entrar, si así lo desean, en nuestras filas. Este periodo de comprobación es importantísimo tanto para los simpatizantes como para nosotros. Ellos lo

necesitan para familiarizarse con las enseñanzas, viéndolas reflejadas en nuestras vidas, y mucho más aún si llevan consigo algún prejuicio u orgullo. Si alguien entra en la Fe sin haber convivido anteriormente con los bahá'ís, ni convive después con ellos, un día u otro nos dejará y desaparecerá, pues no podrá sentir en su corazón nada que le explique el por qué de un cambio o renacimiento espiritual o le motive, en el fondo de su ser, a continuar en la comunidad bahá'í. ¿Somos el reflejo más o menos aceptables de las enseñanzas de Bahá'u'lláh para nuestros simpatizantes? Esta es la parte difícil de nuestra tarea y es ahí donde fracasamos en nuestros esfuerzos. No echemos toda la culpa a los demás, pues nosotros también tenemos nuestros errores. El simpatizante exige, y con razón, conocer a todos los bahá'ís de una comunidad. A veces hace una visita a las demás comunidades con el fin especial de averiguar si es verdad que los bahá'ís cumplimos lo que decimos. No pretendo decir que los bahá'ís podemos ser unos seres perfectos. Sólo quiero decir que si no podemos alcanzar la perfección completa debemos saber al menos que hay una cualidad excelente que puede atenuar y hasta, para decirlo de alguna manera, compensar una parte de nuestras faltas: esa cualidad es la cortesía combinada con la humildad y nunca debemos olvidarla en nuestro contacto con los demás.

Por lo general, en las comunidades convivimos muy poco. Tenemos que organizar en la propia localidad la convivencia con nuestros amigos y simpatizantes. Individual o familiarmente en las reuniones hogareñas y colectivamente en nuestras reuniones locales, especialmente con ocasión de los Días Sagrados.

¿Sabéis porque convivimos poco? Creo que una de las causas es la poca colaboración entre nosotros mismos. Pensamos que organizar una reunión de convivencia es el deber de las Instituciones. Muy bien, pero ¿qué puede hacer una Asamblea Espiritual si los amigos y a veces sus propios miembros no colaboran eficazmente en organizarla en la práctica? ¿Qué puede hacer un grupo si nadie quiere colaborar prácticamente, a excepción de una sola persona? En nuestras localidades, el peso del trabajo cae muchas veces sobre una parte muy pequeña de la comunidad. Esto trae sus consecuencias muy desagradables. Una de ellas, el cansancio moral de unos, inexperiencia de otros y los males posteriores, entre estos últimos la muy poca existencia de simpatizantes en la comunidad. Si hay un centro local, todos tenemos que participar en tenerlo siempre limpio y listo para recibir a los amigos con los

brazos abiertos. Debemos amenizar nuestra convivencia con alguna charla, alguna música o una taza de café o té. Desde luego, los miembros de la Asamblea Espiritual son los primeros anfitriones de estas reuniones y deben estar presentes en ellas. Esto en caso de haber un Centro Bahá'í. Pero cuando no lo hay, todos los amigos deben ofrecer sus casas para estas reuniones. Nadie debe pensar que está exento de esta participación, salvo naturalmente en casos de excepción que pueden darse por varias razones. Pero esta colaboración no debe ser considerada como una obligación forzada sino todo lo contrario, una colaboración muy alegre y un recibimiento caluroso por parte del anfitrión, tal como ocurre en los mejores momentos de la vida de una familia como, por ejemplo, un cumpleaños u ocasiones similares.

Son muchas naturalmente las condiciones necesarias para una convivencia y más aún cuando se trata de ser vínculo de una transformación espiritual. No vamos a enumerarlas todas aquí pero hay algunas que no puedo dejar de mencionar. Creo que la falta de estas nos ha perjudicado mucho y debemos respetarlas mucho más en el futuro. No quisiera, sin embargo, al mencionarlas herir a nadie, pues el que está hablando ahora ha cometido también todos estos errores.

Muchas veces nos ha faltado el tacto necesario en la conversación con el simpatizante. A veces hablamos más de lo debido, creyendo inocentemente que ese es nuestro derecho exclusivo. En ocasiones, nuestra conversación resulta un poco violenta, porque le herimos sin querer, hablando contra las creencias con las que él ha vivido desde su infancia. Y en otras, hablamos en una dirección totalmente ajena a la línea de sus inquietudes más directas. De esa manera le cansamos demasiado, o le despreciamos de alguna manera, o le hacemos perder su tiempo con temas que no tienen nada que ver con sus preocupaciones e intereses. Y caemos en estas faltas porque, en contra de todas las normas del diálogo y antes de conocer un poco la manera de pensar, los posibles prejuicios y los temas preferidos de nuestro interlocutor, por un lado, y por el otro apoyándonos en los espléndidos principios de la Causa, nos consideramos ya de antemano los ganadores indiscutibles de la batalla. Eso no se parece en nada a lo que debemos hacer, pues nos asemejamos más bien a un médico que, antes de preguntarle al enfermo por sus quejas y problemas, empieza a contarle todas aquellas cosas que ha aprendido en sus años estudiantiles, usando continuamente los términos específicos de su especialidad y dando a entender que sabe mucho del arte de curar. El pobre

enfermo, que se había dirigido al médico para recibir al menos un consuelo, no tendrá otro remedio que levantarse y marchar, más triste todavía que en el momento de su llegada, para no volver jamás a este consultorio. Debemos trabajar como médicos que están atentos en cualquier momento al menor gesto o palabra del enfermo para arrancar de él todo cuanto sea posible, con el fin de diagnosticar primero la enfermedad y enseñarle después la solución a su problema. Los bahá'ís debemos tener mucha paciencia para escuchar a los simpatizantes. Una vez que ellos hayan explicado todo lo que quieren, podemos nosotros comenzar a hablar para ayudarles. Si no trabajamos de esta manera, nuestro esfuerzo es totalmente inútil y quizá, incluso, a la larga, perjudicial. Nuestro simpatizante, como ese enfermo desilusionado, con una sensación amarga o al menos negativa, marchará para no volver nunca más a nuestras reuniones. Seguramente un folleto breve y sencillo habría resultado mucho más útil. Tengámoslo siempre en cuenta.

En nuestras reuniones de enseñanza es de gran importancia la lectura correcta de una tabla, o al menos, una o dos páginas de algún libro bahá'í. Además, un conferenciante que pudiera dar una explicación clara sobre el tema en cuestión sería de mucho interés. El anfitrión, tanto si es una Institución como si es una persona, debe estar atento amenizando la reunión y evitando el cansancio de los asistentes, pues, además de enseñanza bahá'í, debe haber una convivencia armoniosa. Una convivencia agradable es como un terreno labrado y limpio. Cuando tenemos el terreno en estas condiciones, podemos esparcir en él la semilla tranquilamente, sin peligro de perderla.

Esta convivencia debe ser una labor constante de todo bahá'í. El día que la deje por alguna causa habrá dejando ya su deseo de enseñar la Fe. A veces, creemos inocentemente que la explicación al simpatizante de los principios básicos de Bahá'u'lláh es suficiente para ver si quiere o no aceptar la Causa y cuando no acepta tan fácilmente pensamos que ya no tiene interés. Tengamos en cuenta que aceptar la Fe no es aprender estos principios, ni desear solamente que se cumplan en el mundo. Ser bahá'í es convencerse cada persona de una forma muy particular suya, y en el fondo de todo su ser, que una nueva Manifestación Divina ha tenido lugar, muy cercana a sus días, y que todo lo que Bahá'u'lláh ha escrito o enseñado no ha sido fruto de Su conocimiento humano, sino de la inspiración y la Voluntad del Dios Único. Y casi siempre nuestro simpatizante se da cuenta, en su subconsciente, de este proceso un poco complicado y desea meditar tranquilamente para ver si llega

o no a este convencimiento preciso. Así pues, en estos casos hay que dejar que el simpatizante vaya reflexionando y madurando la cuestión, paralelamente al deseo constante y silencioso de nuestra alma, en forma de oraciones, de que de verdad y con toda la serenidad de su alma consiga el deseo de su corazón. ¡Qué triste sería en estos momentos tan delicados el efecto de una presión, por muy suave que ésta fuera, con el fin de obligarle de alguna manera a declarar su fe! Ello le hundiría en una desilusión profunda y necesitaría su tiempo para subir otra vez a la superficie de su libertad. Se ha observado que muchas veces el simpatizante desea darnos una sorpresa agradable, aceptando la Fe en el momento menos pensado; pues démosle esta oportunidad. Si nos preocupa mucho la prisa de atraer a un nuevo amigo a las filas de la Fe en vez de presionar a una simpatizante que siente ya una inquietud por ella, busquemos a otra persona para transmitirle el Mensaje, ensanchando de esto modo el campo de nuestra convivencia y labor de enseñanza. Cuando los amigos acepten libre y conscientemente la Causa no cambiarán los principios de Bahá'u'lláh por nada en este mundo. La Fe será para ellos el suelo firme de su existencia y el honor más elevado que se pueda imaginar. No nos cansemos, pues, de nuestros simpatizantes. Seamos constantes en el trabajo de enseñanza, moviéndonos continuamente en él y extendiéndonos hacia un número cada vez mayor de amigos, convencidos de que un día los resultados serán muchos y muy sabrosos.

Algunas veces comenzamos las reuniones con una o varias oraciones. Esto me parece excelente. Pero debemos cuidar algunos aspectos muy importantes de la cuestión. Bahá'u'lláh nos recomienda entonar las oraciones con voz melodiosa. La voz con la que se hace oración tiene mucha importancia para el que la hace y para los que la escuchan. De momento, debemos tener en cuenta al menos dos condiciones indispensables. La primera, leerla correctamente y la segunda, leerla con toda humildad, pues se trata de una súplica de la criatura ante el umbral del Todopoderoso. Para conseguir estas dos condiciones en una oración es necesario que la hayamos hecho muchas veces en casa, de forma que para repetirla en una reunión, cuando asisten simpatizantes, no necesitemos esforzarnos nada para su correcta lectura, a fin de que podamos concentrarnos espiritualmente y sentirnos sumamente humildes. Sé muy bien que casi todos los amigos somos capaces de cumplir estas dos condiciones sin ninguna dificultad, aunque sea la primera vez que leamos una determinada oración. Pero para evitar cualquier excepción que pueda surgir accidentalmente, aprendamos nuestras

oraciones preferidas en casa y hagamos en las reuniones, especialmente cuando los simpatizantes asisten a ellas, solamente aquellas oraciones que sabemos muy bien y podemos hacer con concentración de pensamiento y humildad de espíritu.

Creo que las más elementales condiciones que pueden influir grandemente en el criterio del simpatizante sobre los bahá'ís son los siguientes: Sabemos, en primer lugar, que la lengua tiene gran importancia en la vida y es un factor muy revelador de lo que una persona es y piensa. Bahá'u'lláh nos recomienda que hablemos siempre dulce y suavemente, pues "la palabra dura", dice Él, "se asemeja a la espada". Una palabra dura es capaz de alejar de nosotros a cualquier simpatizante para siempre. Y así, en vez de prestar un servicio a la Causa, la hemos perjudicado sin querer. La segunda condición que debemos cuidar mucho es no entrar nunca en ninguna crítica contra nada ni nadie. La murmuración, por muy leve que sea, siempre empaña algo la pureza de nuestro espíritu y perjudica bastante nuestras buenas relaciones espirituales con el simpatizante. La tercera condición es que, en las relaciones amistosas y las conversaciones que pueden surgir lógicamente entre dos amigos, se debe evitar mucho los temas que no tienen ningún interés para el interlocutor. La conversación resulta interesante cuando lo es para las dos partes del diálogo. Empezar a hablar de los temas y problemas suyos propios y terminar con los mismos es la peor de las experiencias que podemos observar en nuestro contacto con nuestros amigos. Y no me refiero con ello solamente a las cuestiones espirituales, sino a cualquier tema corriente como la casa, los hijos, la cocina, el vecino, la compra, etc., que puede surgir entre dos amigos más frecuentemente que los temas serios Bahá'ís. El bahá'í no debe cansar a nadie con sus problemas personales, salvo naturalmente en los momentos de emergencia, en que se debe acudir y ayudar en lo que sea, incondicionalmente. En situaciones normales hay que alegrar siempre la conversación con temas que interesen más bien al interlocutor. Si se hace al revés, nuestro interlocutor no se sentirá nada cómodo con nuestra convivencia y desaparecerá un día u otro. La cuarta condición es mantener en la conversación una moderación prudente y nunca hablar en exceso. Hay que permitir que nuestro amigo nos explique también lo que sabe, piensa y sufre. Bahá'u'lláh dice que el exceso de palabra se parece al veneno. Es una calificación clarísima, pues el exceso de palabra cansa a cualquier persona, y debemos evitarlo siempre. La quinta condición es hablar siempre con una voz moderada, ni muy alta ni muy baja. La voz alta

produce un cansancio muy molesto. Cuando nuestra voz llega con claridad a nuestro interlocutor, estamos hablando normalmente. Si pasamos de este límite estamos golpeando con cada palabra que pronunciamos la cabeza de nuestro amigo. Nuestra voz debe infundir tranquilidad y paz en el alma de nuestro amigo y esto es lo que él espera de nosotros.

Otra condición que nos hará falta siempre, y especialmente cuando nuestra convivencia se convierta en una amistad más o menos íntima, es nuestra puntualidad a la hora de las citas o visitas. Aunque vivimos en la era de la velocidad supersónica, nos falta tiempo a todos, especialmente en Occidente; por eso, no tenemos que ser la causa de la pérdida de tiempo de nadie. Debemos llegar a las citas a la hora fijada anteriormente. No es oportuno ir a casa de nadie cuando lo deseamos simplemente nosotros. Debemos avisar previamente, si es posible, y, si no lo es, visitar al amigo en una hora en que le molestemos al mínimo. He observado a veces que estamos despidiéndonos en la puerta de una casa hablando más de media hora, y perdemos el autobús por un retraso de dos minutos, debiendo esperar media hora más para poder coger el siguiente. Todos vivimos pendientes, no solamente de las horas sino de minutos. Nuestros abuelos no vivían en estas circunstancias: no tenían que coger el auto ni el tren para ir a trabajo, ni sus hijos el autocar para su colegio. La vida no estaba sincronizada tan minuciosamente con el reloj. Si perdían una hora hablando en el huerto con el vecino, podían recuperarla en una hora de su descanso el día siguiente. Pero hoy esto no es posible. Seamos puntuales y formales con nuestros amigos, sin perjudicarles en nada. Así podremos atraerlos hacia la Causa, de lo contrario los perderemos indudablemente.

Pienso humildemente que estas condiciones son indispensables en nuestra convivencia con todo el mundo, sean bahá'ís, simpatizantes o simplemente amigos. En el pasado, las convivencias se hacían entre parientes, pero ahora es la primera vez en la historia que el hombre, cuando acepta a Bahá'u'lláh, empieza a convivir fuera de su familia con gentes de razas, religiones y clases muy distintas a la suya. Es una nueva forma de convivir. Tenemos que aceptar todo lo bueno y lo común, haciendo el sacrificio que sea necesario, reduciendo al mínimo los errores con los demás, pues nuestros amigos han puesto sus ojos en nuestro comportamiento para decidir si deben o no aceptar la Causa y, después de aceptarla, si van a aprender o no algo mejor de nuestra vida.